

DECIR, PENSAR Y SENTIR: GIROS, EMOCIONES Y TEORÍAS EN LAS MASCULINIDADES JÓVENES EN LA UNAM (MÉXICO)¹

SPEAK, THINK, AND FEEL: TURNS, EMOTIONS, AND THEORIES IN YOUNG MASCULINITIES AT UNAM (MÉXICO)

Mauricio Zalbagoitia Herrera*

Universidad Nacional Autónoma de México (México)

Resumen

Este trabajo explora cómo estudiantes hombres viven y significan la masculinidad en un tiempo en que las emociones son clave para comprender transformaciones subjetivas y colectivas, vinculando teoría y experiencias. La primera versión (2023) la escribí como autobiografía académica —por lo cual se ensaya una estructura no convencional— en el marco del auge del reciente movimiento feminista en la UNAM, cuyas acciones transformaron a la institución con logros como la materia obligatoria *Género, violencia y ética comunitaria* en la FFyL. Desde un tono personal y afectivo, exploro cómo los varones enfrentan la interpelación feminista entre miedo e incomodidad, pero también con aperturas a la reflexión. Discuto la masculinidad como un dispositivo singular de poder, violencia y sexualidad, atravesado por la microfísica sexista y la asociatividad obligatoria, en diálogo con Connell y el giro afectivo de Ahmed. Cierro con la propuesta de desobediencias varoniles profeministas en un horizonte universitario de transformación.

Palabras clave: Masculinidad. Emociones. Interpelación feminista. Microfísica sexista. Asociatividad obligatoria.

¹ Agradezco a Amneris Chaparro su atenta lectura y comentarios; así también, la propuesta de este título, que no sólo es más claro, sino más emotivo por su fuerza.

* Investigador Titular A en el IISUE, UNAM (México), y profesor de género en la Facultad de Filosofía y Letras y en el Posgrado en Pedagogía de la misma Universidad. Doctor y máster en Filología Española por la Universidad Autónoma de Barcelona (España). Licenciado en Letras Hispánicas por la Universidad de Guadalajara (México).

Abstract

This article examines how male students experience and interpret masculinity at a moment when emotions have become central to understanding both personal and collective change, weaving together theory and lived experience. The first draft of this work (2023) emerged as an academic autobiography, which deliberately experimented with a non-conventional structure, written in the wake of the recent feminist mobilizations at UNAM, which reshaped the institution through measures such as the introduction of the mandatory course *Gender, Violence, and Community Ethics* in the Faculty of Philosophy and Literature. Writing from a personal and affective perspective, I explore how male students respond to feminist challenges—often with fear and unease, yet also with moments of reflection and openness. I approach masculinity as a singular construct of power, violence, and sexuality, sustained through what I term “sexist microphysics” and “compulsory associativity,” while engaging with Connell’s work and Ahmed’s affective turn. I conclude by suggesting pro-feminist male acts of disobedience as a necessary horizon for institutional and cultural transformation within the university.

Keywords: Masculinity. Emotions. Feminist interpellation. Sexist Microphysics. Compulsory Associativity.

PRESENTACIÓN

Entre 2014 y 2016 surgen en ciudades como la de México, Buenos Aires y Santiago de Chile, entre otras, formas de activismo y protesta novedosas por parte de mujeres jóvenes feministas y estudiantes. En el caso de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), y de otras tantas universidades e Instituciones de Educación Superior (IES) de México y América Latina, bajo la consigna “¡Juntas!” las mujeres salen a las calles, intervienen muros y detienen Facultades para decir “¡Basta!”. Como punto en común, las estudiantes comparten hartazgo e irritación. Esto deriva en una “emotividad feminista”, propongo, que habla desde el malestar, el cansancio, el repudio y la rabia (Mingo y Moreno, 2019) en contra de la violencia sexista y sexual. Estas se encarnan en prácticas recurrentes de hostigamiento y acoso sexuales, sobre todo, como ya lo había venido demostrando la investigación feminista sobre las violencias en las IES desde hace bastantes años.

Los actos políticos —como la toma de la Facultad de Filosofía y Letras (FFyL) de la UNAM de 163 días entre 2019 y 2020—, así como las expresiones discursivas y simbólicas en los muros físicos y digitales, desembocaron en efectos materiales quizá nunca pensados. Entre otras cosas, en la UNAM se creó la Coordinación para la Igualdad de Género (CIGU), transversal a todas las instancias de la universidad, se impulsaron las Comisiones Internas para la Igualdad de Género —las CInIGs—, órganos auxiliares a todas las facultades, centros e institutos de investigación, cuyo cometido es sensibilizar y difundir temas y problemas con perspectiva de género. Un año después, en algunas facultades, incluida la FFyL, se diseñaron y activaron asignaturas obligatorias en todos los programas y carreras.² Estas cuestiones, así como la incidencia del movimiento en instrumentos de mucho mayor peso, como el Estatuto General de la UNAM, que es modificado en su artículo 98, fracción III, agregándose sanciones por violencia de género, estaban en los pliegos petitorios de las mujeres organizadas y las nacientes *colectivas*.³

² Uno de los logros más palpables del movimiento de Mujeres Organizadas de la FFyL fue la creación de la asignatura “Género, violencia y ética comunitaria” (GVEC); materia transversal de la Facultad, organizada por un claustro colegiado dinámico y diverso de profesoras: <http://asignatura-genero.filos.unam.mx/>.

³ Un fuerte ambiente feminista de activismo y protesta comienza a conformarse en el mundo en la década de años diez. Entre una diversidad de hitos, destacan por su impacto la Marcha de las Putas, organizada en 2011 por estudiantes de la Universidad de York, en Toronto, como reacción al comentario de un policía a un grupo de alumnas: si no querían ser agredidas sexualmente, no deben “vestirse como putas”. Con la violencia sexual y los feminicidios como trasfondo, hacia 2015 se configura el movimiento Ni Una Menos desde distintas ciudades latinoamericanas. En México la histórica marcha Vivas nos queremos funciona como un parteaguas que desencadena movilizaciones específicas, como la de la UNAM. En 2017, el llamado #MeToo, movimiento de impacto inicial e iniciado en Hollywood, amplifica mecanismos de denuncia originales e inéditos, como los llamados *tendederos* en las universidades. Se trata de hojas de papel con fotos, nombres y apellidos de docentes,

En el medio de esta vorágine de acciones, mensajes y emociones de protestas feministas los hombres y la masculinidad fueron y siguen siendo apelados en formas y estrategias inéditas: denuncias en pintas en paredes, expulsiones de asambleas, nombres y apellidos en tendedores físicos y virtuales. Concibo, entonces, al reciente movimiento feminista en la universidad como un quiebre, una enseñanza y una reorientación no sólo política y formal, sino como una revolución de las emociones.⁴ Sobre esto trata, en alguna medida, este texto. Ahora bien, este no es un capítulo acerca del movimiento de las colectivas organizadas en la UNAM. Para rastrear sus genealogías, comprender sus alcances y aprehender los espectros emocionales que generan, así como la expresividad creativa de sus formas alternativas de denuncia, se recomiendan los siguientes trabajos: Magali Barreto (2017), Araceli Mingo y Hortensia Moreno (2019), Araceli Mingo (2020), Daniela Cerva (2020), Lucia Álvarez (2020) y Pablo di Napoli (2021), entre otros tantos.

Este texto, en cambio, es más bien un intento por comenzar a comprender —*encarnar*— lo que este nuevo tiempo de género y feminismos *está significando* en estudiantes varones cisgénero —y principalmente heterosexuales—. Se verá porqué. Por *significación* entiendo cosas que se dicen, piensan, sienten e imaginan en un mundo universitario pleno de sentido feminista y crítico con el género y con el sexo. Este trabajo es un intento —un experimento, algo que pretende ser vanguardista en el sentido de “juego textual”— por descomponer la estructura tradicional de los capítulos académicos. Es, también, una invitación⁵ para sentir y pensar mi propia experiencia como estudioso de los hombres y de la masculinidad en la universidad, la cual ha sido rica y única. Siento que sale de mí una voz más hilada y auténtica

trabajadores o alumnos, colgadas en cuerdas y con pinzas de la ropa, en las que alumnas y mujeres podían escribir historias específicas de violencia sexista y sexual llevadas a cabo por dichos hombres. En la deriva de este torbellino de activismos en la FFyL se conforman las *colectivas* de mujeres estudiantes de la FFyL, las MOFyL. El feminicidio de Lesvy Berlín Rivera Osorio, ahorcada con un cable de teléfono en la Ciudad Universitaria de la UNAM en 2017 operó como un disparador sin precedentes.

⁴ En la versión original esta parte refería al “tsunami feminista” nombrado por autoras como Nuria Varela (2022). Esta y otras metáforas oceánicas sobre el feminismo —como las olas— no son simples figuras lingüísticas para romantizar al feminismo, como lo discute Amneris Chaparro (2022), sino que revelan posturas distintas al interior del propio feminismo. Cuarta ola, tercera ola —pues la institucionalización de la perspectiva de género no cuenta— se suman a posiciones contra eurocéntricas y no universalistas. Entre los comentarios de la propia Amneris a este trabajo “Pienso que una postura pragmática es pensar que lo que ocurre con los feminismos contemporáneos en la universidad es factible de pensar a través del movimiento de la ola: con sus crestas y momentos de calma, con sus reclamos que van y vienen, con su furia y que también se constituye como una marea que ha conquistado espacios otrora inimaginables” (Documento de Word, 18 de sept. De 2024).

⁵ La primera versión de este trabajo (2023) surgió en el Seminario sobre Teoría, pedagogía e investigación educativa. Perspectivas, debates y posicionamientos, dirigido por Alicia de Alba en el IISUE de la UNAM. La invitación fue a escribir una autobiografía académica o intelectual. Yo me decanté por narrar mi experiencia en y desde los estudios de la masculinidad en el marco del reciente movimiento feminista de las estudiantes. Para esta publicación he intentado mantener el tono y posicionamiento de aquel tiempo.

en este trabajo que en los artículos indexados o en los capítulos en los que se exige *una metodología*. Curioso: si uno descuida el código del académico surge, quizá, un tono más auténtico del investigador.

Con esto, este trabajo es un medio para hacer un tejido menos formal, pero sí vivencial y *afectivo*, entre teoría, emociones y la voz de algunos estudiantes varones de la FFyL con los que he tenido el honor de compartir círculos de reflexión, entrevistas guiadas y testimonios. Me parece, así, que la pregunta central desde la que intento hilar estas líneas de tensión y experiencia sería algo como: ¿Qué *se siente* ser un alumno varón en la FFyL en el tiempo actual? Tal *sentir* irá cobrando significación en los cuatro apartados siguientes.

En los primeros tres —cosas del decir, pensar y sentir— se ensaya una estructura. Se inicia con un ejercicio de *libre fluir de la consciencia teórica*. Éste es más un trabajo de memoria y experiencia con la teoría que un marco teórico tradicional. En un segundo punto, en los apartados nombrados “nota personal y...” se entremezclan estudios, definiciones, afirmaciones, trabajo de campo, pero, sobre todo, emociones. Por ello, en ambos momentos intento referir lo menos posible a autoras y trabajos. Es, pues, un intento por dejar abiertos los cauces del discurso sin diques o envolturas formales. En la parte final de estos tres momentos, sin embargo, y acaso para no dejar del todo el rigor académico, remato con tres citas a autoras/es pensadas y escogidas con precaución y con gran entusiasmo —ahora lo descubro—.

COSAS DEL DECIR. RETOS Y LÍMITES DEL PENSAR/SE (EN) LA/S MASCULINIDAD/ES Y EN EL ESTUDIO DE EL/LOS HOMBRE/S

I.

El nombre de este apartado, con las barras y paréntesis que lo condicionan, pero a la vez lo diversifican, lo que revela es lo complicado que resulta transitar por un camino que es a la vez teórico, académico y de intervención; individual y comunitario; identitario, corporal, expresivo y subjetivo; además, en años recientes, afectivo y emocional.⁶ Se trata del estudio

⁶ Con esto refiero a algo más que a las emocionantes experiencias que he compartido en lo académico y en la docencia con alumnas, alumnos y colegas en la UNAM y otras universidades, sino al giro afectivo (Ticinetto y Halley, 2007). En lo personal, el giro afectivo o emocional en la investigación lo he vivido como un total impacto con los trabajos de Sara Ahmed (2018, 2020).

de los hombres y de la masculinidad frente a las teorías y los pensamientos feministas, y de cara a los activismos de mujeres, pero también en cuanto a sí mismos como campo y frente a los propios varones y las posibilidades de que existan *muchas masculinidades*.⁷ Este es uno de los ejes de complejidad ante el cual se enfrentan quienes piensan en los hombres y la masculinidad en las universidades.

El segundo surge del pensar a los cuerpos nacidos con pene y socializados como hombres como entidades con género y sexo. De concebirlos, pues, como partes de un entramado que, a pesar de diferencias temporales, culturales, religiosas y simbólicas, se mantiene en operatividad mediante la fuerza del binomio de la diferencia sexual: Hombre/mujer; Masculino/femenino. Uso las mayúsculas para recordar el reconocido privilegio que la parte destacada del binomio mantiene —como propone la deconstrucción derridiana—, y de acuerdo con la deriva crítica y postestructural que desemboca en el pensamiento feminista queer de autorxs como Judith Butler, Monique Wittig y Teresa de Lauretis. Esta amplia y complicada dimensión nos arroja a la discursividad —el decir— que es siempre pragmática —el hacer—, performativa —el actuar— y por tanto política —el representar y decidir, pero también el transformar—. Es en este círculo del problema de “pensar/se (en) la/s masculinidad/es y en el estudio de el/los hombre/s” en donde hay más tensión y, por lo tanto, más vitalidad fluyendo. Aquí es donde se encuentran los feminismos, las estudiantes y las colectivas; la teoría feminista y las académicas; la institución —la universidad, la educación— y las campañas, programas y protocolos. En este espacio tensado y lleno de pliegues se apela a los hombres y a la masculinidad, pero, sobre todo, a lo que es posible aglutinar —como he intentado sintetizar en los últimos cuatro años— dentro de la frase: “violencia masculina sexista y sexual”.

Por ello, me parece que el tercer límite es el que problematiza hablar *de*, *para* y *hacia* los hombres, y por tanto elabora algunas preguntas acerca de cuáles son los problemas con la masculinidad —¿Qué es lo que le pasa, lo que hace, lo que afecta, y lo que defiende y atesora?—. En este linde aparece un círculo que va de lo micro a lo macro y que siempre encuentra los recursos para reiniciarse. Por un lado, en el extremo grande estarían los actos más cruentos y letales: el abuso, la violación y los feminicidios. En el otro, el de la vida

⁷ En años recientes a los estudios de los hombres y de la masculinidad se les refiere como “masculinidades”. Ésta es una cuestión complicada; no es sólo economía lingüística o afecto social por unos estudios. Se trata de tomar uno u otro camino: ¿masculinidad en singular o masculinidades? Una respuesta rápida: parece que esto depende de si el interés va por la vía del poder, la violencia y la subjetividad —y la sexualidad— o por el sendero de las muchas identidades posibles y *sus arreglos* frente a un nuevo tiempo de género.

cotidiana, los ejemplos, chistes y lugares comunes cuyo abierto sexismo se nutre siempre de violencia sexual contra la mujer, y las personas trans, gays y lesbianas. En pocas palabras: el chiste sobre violación enlaza siempre, dentro de un complejo circuito de actos, creencias y mitologías sexistas, con la violación real. Esta, a su vez, se soporta en los chistes que diariamente la legalizan: “Las mujeres son como los semáforos. Después de las 12 nadie las respeta”. ¿Sabiduría popular? ¿Bien cultural simbólico? ¿Humor subido de tono? Del enlace entre el extremo micro y el macro de la violación como forma recurrente de violencia masculina se encarga la propia masculinidad; su encarnación, práctica cotidiana y algunas de sus mitologías. Hay muchas más vías para asentar que la violencia sexista es siempre masculina y es, también, siempre sexual.

El último reto lo marcan los lugares de habla. Hay cosas que antes deben responder los feminismos que *las masculinidades*. Hay debates en los que los hombres no estamos del todo invitados. ¿Se podrá decir algún día “soy un hombre feminista”? Todo se verá⁸. Lo que es evidente es que hay que aportar pruebas mucho más contundentes. Hay que andar más. Hay que ser más políticos. Crear colectividades. Escuchar. Actuar. Moverse.

II.

Nota en primera persona. Tras escribir estos párrafos me doy cuenta de algunas condiciones autoimpuestas. La primera, la intención de partir de la dificultad del uso de un nombre y conceptos –sus singulares y plurales— para aterrizar en las formas más cercanas y cotidianas de violencia en las relaciones en la universidad entre alumnos, alumnas y alumnas. Esto, además, sin perder nunca de vista lo que en clase –a falta de un nombre más original— llamamos “la metáfora de la balanza”. Esta no es otra cosa que la lógica desproporcionada bajo la que muchos hombres –mediante la masculinidad— ejercen formas específicas de violencia sexista y sexual sobre una gran mayoría de mujeres –y contra las formas femeninas—. Como dicen las definiciones sobre violencia que el pensamiento feminista ha aportado: “por el simple hecho de serlo”. Así también, el pensar al sexismo dentro de un continuo y una escala, como he intentado adelantar. Una segunda camisa de fuerza autoimpuesta es la necesidad de no *revictimizar*. Si algo ha mostrado el movimiento de las estudiantes es que ellas son, ante todo, agencia y acción. Los sujetos-cuerpos pasivos en el

⁸ Del 2019 a ahora; e incluso del 2024 al 2025 la respuesta a esta pregunta va cambiando. Hoy hay hombres que hablan en femenino incluso en la academia; algunos aseguramos ser feministas. Esto no deja de marcar tensiones y diferencias, lo cual es siempre una fuerza para los desplazamientos y los cambios.

ahora son los de los hombres. Muchos de ellos callados y observadores; otros pocos, apenas pensándose como sujetos de género y sexo en un nuevo tiempo que les hace preguntas y los interpela en todos los frentes semióticos de la vida. En todos. Y algunos de ellos –los menos, quisiera pensar— alineándose –una vez más— bajo antiguas y letales emociones de miedo, rabia y odio: el antifeminismo, el masculinismo, el conservadurismo binario y machista.⁹

Esta triada me descubre una condición más –autoimpuesta, pero con goce— que antes que racional es toda experiencia: la emocional. Veo cómo, entonces, he ido –hemos ido— avanzando de la teoría a las emociones. Cómo he sido *afectado* no sólo en las experiencias más inmediatas y ricas –las clases con las alumnas, el trabajo de campo con los alumnos, los seminarios e interlocución con quienes investigan y piensan a la masculinidad¹⁰—, sino en mi propia experiencia lectora y de investigación. La teoría de los estudios de los hombres y de la masculinidad la he contrapunteado –como no podía ser de otra forma— con la teoría feminista –sobre todo del pensamiento postestructural¹¹—, pero también con la investigación feminista sobre las violencias en las IES¹². Es desde esta triple confluencia que

⁹ El masculinismo, definido como un “movimiento que busca igualdad entre el hombre y la mujer, desde la perspectiva del varón” (Ferrero, 2017: s/p.), en realidad agrupa posiciones, manifestaciones, sentimientos e incomodidades antifeministas. Basándose en agrupaciones con claros sesgos misóginos –como el Movimiento por los Derechos de los Hombres (MDH)— presupone la superioridad natural del hombre, así como la necesidad de excluir a las mujeres y a sus movimientos de liberación –sobre todo de los ámbitos tradicionalmente “masculinos”—. Tiene raíces dispersas y contradictorias, la cuales incluyen fuentes históricas, discursos políticos de ultra derecha y al movimiento mitopoético; suerte de paraciencia que busca arquetipos masculinos *naturales* en fuentes míticas, como es la idea del héroe. Entre sus inquietudes principales se encuentra la supuesta desaventajada posición de los hombres frente al ascenso de las mujeres en la educación, el empleo, el hogar, la crianza, los derechos y leyes. Entre otras cuestiones, niegan la violencia de género, sobre todo argumentando que ellos también la sufren. Así también, desconocen y confrontan la posibilidad de identidades no binarias. Conforman grupos y redes sobre todo mediante interacciones digitales y en la conocida como *manosfera*. Esta proviene del inglés *manosphere*, apareciendo por primera vez en 2009 en la blogosfera. Describe a una red de hombres con el interés de crear comunidad y discutir su situación e inconformidad frente al avance del género y los feminismos. La noción ha llamado la atención por su “misoginia extrema” (Ging, 2019: 639-640) y su jerarquía que ordena a diversas subculturas violentas.

¹⁰ Desde el 2020 en el Instituto de Investigaciones sobre la Universidad y la Educación (IISUE) un nutrido grupo de investigadoras/es de la UNAM y otras universidades de México y América Latina conformamos el Seminario Permanente sobre Masculinidad y Universidad (SeMascU). Este ha recibido financiación del programa PAPIIT con el proyecto: “Estudiantes, género y violencias en la UNAM: prácticas subjetivas de masculinidad, diversidad y juventud” (IN305922). Con reuniones mensuales leemos y debatimos algunas de las tendencias actuales en los estudios de los hombres y de la masculinidad desde perspectivas críticas y feministas.

¹¹ Dentro de la diversidad de enfoques que este término aglutina, refiero a las autorías que han elaborado críticas al binarismo de la diferencia sexual a la par que han confrontado los sesgos sexistas de la deconstrucción, el marxismo, el psicoanálisis y la noción foucaultiana de poder. Entre otrxs: Gayle Rubin, Monique Wittig, Adrienne Rich, Teresa de Lauretis, Judith Butler y Paul B. Peciado.

¹² Los artículos de Araceli Mingo (IISUE-UNAM) y Hortensia Moreno (CIEG-UNAM) (2015, 2017, 2019) han sido fundamentales por un enfoque que pueden resumirse en tres ejes: concebir a la violencia dentro de un continuo de género; abordar y reconocer estructuras vigentes de violencia sexista –destacándose el hostigamiento y abuso sexuales—; y concebir al sexismo en sí como una red de expresiones que enlaza a las prácticas dentro de tal continuo.

llego a un quiebre, a un pliegue que me arroja a una dimensión nueva y rica: el giro emocional queer y feminista encabezado por Sara Ahmed.

Volviendo a la Tierra, los estudios sobre la masculinidad coinciden en buena medida en una emoción de base; “la incomodidad” de muchos hombres ante el nuevo tiempo de género —y sexo— que provocan los feminismos y las disidencias. Pensarme a mí mismo como parte de una circulación de afectos y afectaciones es la única vía que veo como posible para escarbar en las incomodidades y mirar más a fondo. Quién se sitúa en qué punto de una tensión emotiva, y desde dónde se mira y piensa en cuanto a las violencias verbales, simbólicas y corporales con contenido sexista y sexual en las relaciones cotidianas en la universidad, en la UNAM, en la FFyL, que es en donde desempeño mi actividad docente. Y con ello, a quién deja dentro y a quién afuera desde *su* propia *encarnación* como cuerpo sexogenerizado y de masculinidad. Su “ser y sentir” de la masculinidad.

III.

Algunas citas y preguntas: Sara Ahmed (2015), en su “Introducción: sentir el camino propio” dice: “De hecho, quiero reflexionar sobre los procesos mediante los cuales «ser emotivo» llega a verse como una característica de ciertos cuerpos y no de otros. Para poder hacer esto, necesitamos considerar la manera en que operan las emociones para «hacer» y «moldear» los cuerpos como formas de acción” (24).

Lauren Berlant, desde lo queer se pregunta: “Quiero saber por qué las personas se mantienen apegadas a vidas que no funcionan. Esta es una pregunta tanto política como personal. Aquí, el psicoanálisis se encuentra con la teoría de los afectos y con el marxismo crítico” (en Macón, 2020: 15).

Por su parte, Michael Kimmel (2019) al pensar en los “hombres blancos rabiosos” identifica un “agravio compartido”, es decir: “la sensación de que aquellas ventajas a las que creías tener derecho te han sido arrebatadas por parte de fuerzas anónimas más amplias y poderosas” (14).

¿Qué es, pues, lo que no funciona en las vidas de hombres abiertamente emotivos con la masculinidad, como cuerpos-sujetos *hechos* y *moldeados* y a la vez como *actores* y *modeladores*?

¿Cómo encarnan o huyen de un supuesto agravio compartido y orquestado en su contra? ¿Qué cosas *dicen* y *se dicen*? ¿Cómo es que mantienen, niegan o ignoran a las estructuras vigentes de hostigamiento y acoso sexuales si estas, en todos los casos, hacen evidentes a vidas que no funcionan (comenzando por las de *ellos mismos*)?

COSAS DEL PENSAR. DOS PROPUESTAS CLAVE DE LA TEORÍA DE LAS MASCULINIDADES Y SUS CRÍTICAS

I.

El primer quiebre que influye en toda intención de *hacer masculinidades* en la academia es la aparición de la noción “masculinidad hegemónica” (Connell, 2007, 2009). Aún hoy en día, es casi imposible encontrar un trabajo teórico, instrumento, intervención o activismo que no mencione u opere bajo este modelo. A grandes rasgos, en un vistazo a vuelo de águila, la hegemonía de la masculinidad surge en el ámbito de la educación media superior (EMS) en Australia en los años 90. ¿Qué preocupaba en ese entonces en las relaciones formales e informales entre el alumnado? Una escalada de violencia en diferentes formas y niveles. Desde la investigación, entonces, se puso la atención en distintas jerarquías que organizaban a los alumnos, sobre todo varones, desde distintas coordenadas. Aquellas cifradas por cuestiones de procedencia, lengua, etnia y clase social, desde diversos ángulos ya se habían problematizado. Con la irrupción del feminismo de la segunda ola y el señalamiento directo a los hombres y la masculinidad R.W. Connell y su equipo se concentraron en las desequilibradas relaciones de género. ¿Estaban implicados de forma directa *el ser y sentirse hombre* y por tanto las expresiones de masculinidad en las diversas violencias?

Entre los hallazgos y propuestas del modelo liderado por Connell pueden destacarse los siguientes. En primer lugar, la crítica a la existencia de un “rol único” de masculinidad. Esto conllevó la búsqueda y trazado de “múltiples masculinidades” trenzadas bajo relaciones de poder. Éstas no sólo articulan una estructura jerárquica entre los hombres, sino que se relacionan con diferentes formas de feminidad, sobre todo de forma problemática. En esta dinámica jerarquizada, sobresale la masculinidad hegemónica. Es decir, la más “aceptada” en lo social, lo cultural. La que legitima al patriarcado (Connell, 2007) a partir de mecanismos de control, subordinación y violencia. Lo hegemonía se refiere, así, a la dinámica cultural

mediante la que un grupo reclama y sostiene una posición de mando, liderazgo o dominación dentro de un sistema jerárquico (2007).

El segundo momento igualmente proviene de la propuesta de Connell, pues va desgajándose, precisamente, de esas masculinidades subalternizadas y en pugna: “las múltiples masculinidades”. Lo más revelador de esta posibilidad móvil y dinámica es que las diversas formas de masculinidad no son estáticas. Pueden cambiar, adaptarse, adoptar un rol más o menos protagónico en determinado momento. Las construcciones de género y sus relaciones son maleables, el problema es que tal disposición al cambio siempre termina operando a favor del patriarcado¹³ y del mantenimiento de los sistemas de opresión masculinos. Desde esta lectura de Connell es posible, entre otras cuestiones, mirar a las masculinidades históricas: políticos, emperadores, escritores, artistas, intelectuales, dioses griegos, etc.

En las masculinidades contemporáneas, Connell identifica, así, a la hegemónica, que además de lo que ya mencioné, es la encargada de vigilar –atesorar e implementar— los mecanismos de dominación de los hombres y de subordinación de las mujeres. Hay otras que denomina conservadoras. Éstas, aunque no estén ocupando el lugar de mando, colaboran en lo moral, lo familiar, lo ideológico, lo profesional, lo económico o lo educativo, por ejemplo, para mantener roles y valores cifrados en la diferencia sexual y en lo que se piensa es natural para cada sexo. El hombre es el enunciador de leyes; la mujer es la encargada de criar, entre una lista interminable de reglas y normas. La labor de estas masculinidades es colaborativa, pero también orgánica. En un tercer nivel estarían las subordinadas. Para Connell es evidente que la jerarquía del poder masculino no sólo trabaja frente y en detrimento de las mujeres y la feminidad. Otros varones en puestos más bajos de raza, clase e incluso de género y sexo viven y encarnan modos de exclusión, opresión y control. En estas masculinidades entran los hombres gay o las personas trans. Su cercanía a los modos, expresiones e ideales de las mujeres y la feminidad, o su disidencia del binarismo, los condena a las partes menos aventajadas del modelo; de la jerarquía.

Como respuesta y recepción al modelo, en 2005 Connell publica, junto con James W. Messerschmidt, un revelador trabajo: “Masculinidad hegemónica. Repensando el concepto”.

¹³ En el contexto de Connell, el patriarcado refiere a un sistema histórico y estructural de poder que subordina a las mujeres a los hombres, naturalizando esa jerarquía a través de la familia, la sexualidad, la cultura y las instituciones (Millet, 1972; Lerner, 1986).

En este laborioso y tenso texto las autoras identifican, en una notable variedad de estudios, artículos y propuestas enunciados a lo largo de algo más de una década, los usos, interpretaciones y críticas al modelo hegemónico de la masculinidad. Entre una diversidad de inquietudes acerca del sujeto masculino y la vigencia de estructuras masculinas de control y violencia, distinguen entre apropiaciones creativas, incidentes, ambiguas o poco efectivas de la hegemonía masculina. Este trabajo fundamental necesitaría más de un artículo para dar cuenta de la reorientación de los estudios de los hombres y de la masculinidad que propone en ámbitos, planos y esferas diversas. Es, en más de un modo, creo, un diccionario crítico de estos estudios altamente condensado y con una invitación muy clara: distinguir, abrir y explorar todas sus aristas.

En todo caso, para lo que atañe a este artículo —que quiere ser vivencial y emotivo—, cabe decir que buena parte de la discusión apunta a cómo muchos de los estudiosos de las masculinidades —casi todos hombres— forzaron la vía de las *muchas masculinidades* para buscar formas más amables, habitables y funcionales. Es decir, apellidos positivos para la masculinidad. Dentro de lo que se puede condensar como *alternativas*, se pensaron y diseñaron masculinidades positivas, incluyentes, nuevas, híbridas... Éstas últimas, acuñadas por Bridges y Pascoe (2014) parecen ser las más críticas. En el seno de su construcción radica una apropiación selectiva y consciente, por parte de hombres cisgénero y heterosexuales, de formas y expresiones de las vidas de hombres gay —e incluso de la feminidad y de las mujeres— para parecer más gentiles, aceptables y menos violentos. El término clave aquí es “consiente”, me parece. Los hombres seguimos atesorando a la masculinidad; blindándola, en buena medida, aunque su expresividad y envoltura puedan parecer más coloridas y menos amenazantes.

El mensaje central de este texto de Connell y Messerschmidt hace mucha consonancia con los feminismos vigentes. Lo que le falta a las masculinidades es repensar los espacios, mecanismos y expresiones de poder y violencia, trazándose caminos para abordar los procesos mediante los cuales la masculinidad es un componente clave en los procesos subjetivos, mucho más que en los expresivos e identitarios. También le falta un trabajo más directo y hondo con los privilegios. En todos los niveles de la vida, ¿cuáles son exactamente los dividendos que seguimos recibiendo por el hecho de nacer con un pene y socializarnos como hombres? ¿Y cómo es que se relacionan con el poder subjetivante de la masculinidad?

¿Y con las prácticas de la violencia masculina sexista y sexual? Ésta es una pregunta que se le hace al individuo y a la colectividad. Por este camino vamos ahora.

II.

Nota personal (que es también de reflexión teórica). Cuando pienso en el modelo de masculinidad hegemónica reflexiono en cómo se ha usado en la teoría y en el pensamiento académico —también en el casi nulo activismo en las universidades mexicanas y en la UNAM de grupos de hombres en contra del patriarcado—; es decir, la mayoría de las veces como un camino de una sola vía: encontrar el apellido bueno y definitivo para la masculinidad. En el mejor de los casos, algunos estudiantes varones se aproximan con entusiasmo a las *nuevas masculinidades*. No es mal principio. Pero no sólo pienso en eso, sino en la deriva de las teorías feministas y de los diversos y vigentes feminismos (negros, indígenas, decoloniales...). Las mujeres que han pensado y sentido el feminismo desde sus propias vidas, subjetividades y cuerpos muy pronto desplazaron y desplazan a la feminidad como centro del problema. Esto no quiere decir que no la piensen. A veces como la densa suma de roles y estereotipos fijados en todos los niveles de la experiencia social y cultural; otras como una elección que otorga agencia a las mujeres: soy una “«feminista feliz africana que no odia a los hombres y a quien le gusta llevar pintalabios y tacones altos para sí misma y no para los hombres», reflexiona Chimamanda Ngozi Adichie (2015) en uno de los textos más leídos del feminismo reciente, no sin ironía y parodia. Dice “soy una feminista”, no una feminidad con tacones que no odia a los hombres y le gusta pintarse los labios. Los hombres somos masculinidades buenas o malas; mejores o peores. La feminidad —sea como dispositivo de control o como resistencia— no es el sujeto-objeto-tema del feminismo, sino una experiencia en todo caso atada a ese continuo de misoginia, machismo y sexismo. Amneris Chaparro, en sus comentarios a este texto, en este punto reflexiona sobre cómo esta diferencia —no hablar de feminidad frente a situar a la masculinidad como objeto— representa un punto importante. Para ella los nuevos machismos responden no a mujeres concretas necesariamente, sino a los mensajes del feminismo. Eso es lo que afecta a los varones de la FFyL, el feminismo encarnado en ciertas personas, pero sobre todo el plasmado en tendedores, paredes, anuncios y *hashtags*.

Hace mucho —décadas; siglos— que las mujeres feministas saben que los grandes problemas son el poder, las violencias y las tecnologías de género (de Lauretis, 1989), por traer a colación

una teoría-concepto, que se usan para someterlas, moldearlas y docilizarlas, pero también para mantener bajo resguardo al más importante de los tesoros del dominio masculino: el binomio de la diferencia sexual con sus dos caras: H/m y M/f. Mientras las mujeres hacen preguntas sobre cosas tan variadas y problemáticas como la división inequitativa del trabajo y las labores domésticas; las dobles y triples jornadas que implica para ellas la gestión de la vida laboral con la personal; las violencias que por motivo de género sufren en lo simbólico, corporal y sexual en los espacios, lugares y relaciones, entre otras muchísimas cuestiones, los hombres seguimos protegiendo a la masculinidad como algo que en verdad no debería tocarse. La masculinidad no está en juego en buena parte de los estudios sobre la masculinidad. ¿Por qué será esto? La respuesta la acabamos de leer en el breve repaso por la aportación de Connell. La masculinidad es el poder y es la violencia, de ahí que sea el arma *subjetivante* que construye, gestiona y sanciona al mundo. ¿Quiero decir con esto que ninguna teoría haya mirado al poder, al solapamiento entre masculinidad y violencias y a la energía *subjetiva* de la masculinidad? No, por supuesto que no. Pero es un hecho que, en el campo público, en los mundos digitales, en las campañas educativas o de comunicación política, lo que ha ganado son las masculinidades con buenos o malos apellidos: tóxicas o sanas. Esto lo observamos no sólo en artículos, libros y ponencias, sino en memes. El meme —para bien o para mal— es el dispositivo de comunicación global más efectivo.¹⁴ Su poder aleccionador inmediato y pedagógico supera, acaso, al cine, a las series y a la literatura. El meme, como han sugerido estudios sobre su efectividad (Papacharissi, 2014), es todo emociones. Trabaja para desambiguar las tensiones del mundo —pobreza, cambio climático, roces generacionales, política, vidas insatisfactorias—, pero también para refrendar los poderes de dominación que subyacen en la diferencia sexual. El meme con contenido sexista y sexual degradante, así como con evidentes consignas antifeministas y masculinistas es el subgénero preferido de los nuevos machismos.¹⁵

Lo anterior, a la par que muchas otras autoras —hablo en femenino inclusivo porque son estudiosas feministas, en su mayoría, las que han hecho este señalamiento—, me orilla a pensar a la masculinidad en singular. Es decir, como un constructo complejo, vigilado y resistente que se alimenta constantemente de ideales, estrategias y alianzas. Con las alumnas

¹⁴ Del 2023 al 2025 los *reels* han superado a los memes.

¹⁵ Ver la página de Facebook *Masculinismo México*: “Masculinismo México (MM) es un proyecto dirigido por jóvenes universitarios de diferentes partes de la República Mexicana, interesados en difundir las causas de Los Movimientos por los Derechos de los Hombres (Men Rights Movement) que han tomado fuerza las últimas décadas en países como Inglaterra, EUA y la India” (*Masculinismo México*, s/p.): https://www.facebook.com/MasculinismoMexicoOficial/about_details

—vuelvo al femenino, pues en siete años siempre son mayoría (un 90%, acaso)— del “Taller sobre feminismos y acciones comunitarias” (TFAC)¹⁶ hemos pensado a la masculinidad bajo estos tres condicionantes. Siempre aparecen, aunque sus formas, tácticas y estructuras aparentemente cambien con los nuevos tiempos de género. En este punto no agrego la categoría sexo. Dentro del núcleo protegido de la masculinidad, los cuerpos con pene sexuados igualmente están blindados e intocados. Esto hace que el argumento de lo natural y biológico se descargue con furia en los cuerpos-mujer, pero bastante poco en los de los hombres cisgénero —y sobre todo heterosexuales—. Esto conlleva un precio, pero como todo en el desbalance de poder que se magnifica —como en círculos concéntricos u ondas que van agarrando más fuerza—, es también un arma. Ese precio es el doble filo de la sexualidad masculina heteronormada: fálica, coitocentrada, de erección y de potencia; pero también restrictiva y repetitiva. La heteronorma (Michael Warner, 1991), por cierto, o la heterosexualidad obligatoria (Adrienne Rich, 1996) son dos versiones cercanas de una misma visión de mundo. En mis palabras: el presupuesto de que todas las personas son heterosexuales, hombres o mujeres. Por ello, la vida social, cultural, legal, política y educativa está cifrada en estas dos únicas opciones. Éstas, sin embargo, no están equilibradas. La sexualidad, sin ir más lejos, se construye y significa eróticamente a partir de la mirada masculina y su pene. La pornografía es el ejemplo más ruidoso; atormenta a las mujeres y a las feministas desde hace décadas. Los hombres, de forma también desproporcionada, la consumen más y cada vez más pronto.

Volviendo a los ideales de la masculinidad en singular, es posible decir que estos se renuevan, pues siempre se ajustan a la normativa del sexo más que del género. Maluma, Bad Bunny o el más gentil y romántico Harry Styles proyectan una expresividad genérica sensual, femenina. No así una disidencia verdadera del binarismo sexual y de la práctica masculina de la sexualidad. Ahí, pues, debe estar ese sentimiento profundo de masculinidad. Las estrategias, por otro lado, las hemos visto en actos diarios —casi siempre como formas de sexismo cotidiano y violencia sexual en diferentes niveles—. Un comentario, un chiste, un ejemplo, un gesto, un punto de vista, un lugar común, una práctica —afectiva, erótica, sexual— no del todo clara, genuina o consentida. Las feministas las han llamado microinequidades; Luis Bonino (2014) acuñó el famoso término “micromachismos”; en trabajos propios y en coautoría con Enrique Bautista, se ha planteado la posibilidad de una “microfísica sexista”¹⁷

¹⁶ Taller optativo del Colegio de Pedagogía de la FFyL.

¹⁷ Se entiende a la microfísica sexista como toda expresión, sea verbal o corporal, que trabaja en el extremo micro del continuo de la violencia y bajo las marcas del sexismo, proviniendo esas formas tanto de posiciones

para intentar entender aún más la vigilada resistencia de la masculinidad en lo micro y en lo macro, tiendo al sexismo cotidiano como energía central. Las alianzas entre hombres, así, resultan ser las ganadoras de la triada. Mi postura en este momento –septiembre de 2023— es que los ideales y estrategias son los que han tenido que ser más visiblemente transformados. No así la asociatividad obligatoria,¹⁸ en lo formal e informal; la masculinidad-sexo-sexualidad como un bien a atesorar.

Para responder a esto se me ocurren los grupos y asociaciones digitales masculinistas y antifeministas, como los *Incel*.¹⁹ Ahí no sólo se cuecen teorías descabelladas y circulan discursos pseudocientíficos, sino que se intercambian materiales con un alto contenido de violencia sexista y sexual como membresía (ver *Masculinismo México*). Pienso también en los grupos cerrados para intercambiar material íntimo de mujeres –novias, compañeras de trabajo— e imágenes sexuales obtenidas mediante extorsión. Pero además en lógicas asociativas y jerárquicas orquestadas en la masculinidad que viven en las relaciones más cotidianas. Por ejemplo, conversaciones coloquiales en espacios reservados para los hombres. En charlas y conferencias suelo contar ejemplo del vestidor masculino del gimnasio al que asisto.²⁰ Ahí hombres de mayor rango se sitúan “en el pedestal de la ley”, como apunta Rita Segato (2018), para animar, legalizar y socializar a hombres más jóvenes –adolescentes—

individuales como de asociaciones de masculinidad. Estas trabajan no sólo en el ámbito de la pareja o el hogar, sino en todos los niveles de la vida (ver Zalbagoitia, Mauricio y Enrique Bautista, 2024).

18 La asociatividad obligatoria la comprendo como un eje constitutivo de la masculinidad que exige alianzas entre varones, sean formales o informales, sustentadas en prácticas de validación colectiva que van desde la segregación temprana de las mujeres hasta el compartir chistes, relatos sexuales y lenguajes denigrantes. En esta lógica, la virilidad se acredita frente al grupo a través de una “compulsiva vida sexual” (Gómez et al., en Ranea, 2021), y de la complicidad masculina descrita por DeKeseredy (1990) en su teoría del “apoyo entre pares”, donde el humor, la homofobia o la violencia simbólica operan como recursos de cohesión y fraternidad. El concepto problematiza el de heterosexualidad obligatoria de Adrienne Rich (1996), al subrayar que las masculinidades no sólo se sostienen en la relación desigual con las mujeres, sino también en la exigencia de vínculos con pares varones que legitiman, normalizan y reproducen el sexismo y la violencia sexual.

19 Abreviatura de la frase en inglés: *involuntarily celibate* (célibes involuntarios). Esta subcultura pertenece a la manosfera. Parten de la idea de que el nuevo mundo de género los ha convertido en hombres de segunda frente a los machos alfa, que son aquellos con atractivo físico y poder adquisitivo. Con esto, las mujeres, esencialmente interesadas, les estarían negando un *natural* acceso a sus cuerpos. La única opción que les queda es utilizar la violencia como mecanismo para obtener intercambios sexuales.

20 Voy a un gimnasio que está cerca de la Ciudad Universitaria, campus principal de la UNAM. A éste asisten alumnos de varias universidades, incluida la mía. En el vestuario masculino los varones suelen establecer relaciones de amistad y compadrazgo basadas en el humor sexista, sexual y homofóbico. A veces narran historias sexuales; anécdotas personales elaboradas. Una tarde de un viernes un joven estudiante contó a un grupo heterogéneo de hombres –algunos de ellos profesores, por lo que sé— la última de sus “batallitas”, como se dice en España. En esta narró cómo convenció a una joven para tener relaciones sexuales. A grandes rasgos, usó falsas promesas románticas y halagos. Tuvo que perseguirla “un poco”, dijo. Una vez en la fiesta la animó a beber alcohol y entonces ya “estaba lista”. Al día siguiente fue mejor bloquearla, pues “ellas siempre se enamoran”. La historia fue acompañada por risas, ánimos y otros mecanismos de estima entre pares masculinos. Escuchar el contenido de la anécdota fue, por supuesto, desagradable; sin embargo, ahora que lo recuerdo, lo más chocante fue el performance de los hombres adultos. Algo así como unos maestros de la seducción, el engaño y el abuso. Guardianes de la masculinidad y la violencia sexual.

en la violencia masculina sexista y sexual. Esta es la prueba de pertenencia al club de la masculinidad.

III.

Algunas citas y preguntas.

Beatriz Ranea, en *Desarmar la masculinidad*, apunta: “El cuerpo masculino adquiere especial relevancia desde la infancia como espacio de normalización de las prácticas de género. Tener un cuerpo *normal* implica poseer una determinada masa muscular, preocuparse por el tamaño del pene, adquirir una actitud viril en la forma de caminar o sentarse” (2021: 21).

Ahora un “clásico”. Los estudios de Walter DeKeseredy sobre el “apoyo entre pares masculinos” como una suma de estrategias y alianzas:

El apoyo de pares se refiere a los vínculos con sus pares masculinos y los recursos que estos hombres brindan y que alientan y legitiman el abuso de las mujeres. La literatura sobre este problema se puede dividir en tres categorías: integración social, apoyo informativo y apoyo de estima. La integración social se refiere a los vínculos sociales y la participación en actividades con amigos varones abusivos y no abusivos. El apoyo informativo es de orientación y de consejos que influyen en los hombres para que agredan sexual, física y psicológicamente a las mujeres. El apoyo informativo también puede legitimar el abuso de las mujeres [...] El apoyo de estima se refiere a la aprobación del abuso de las mujeres por parte de sus pares masculinos (1990: 129; traducción propia).

Tras la realización de un proyecto en el que se analizaron posiciones, percepciones y acciones de grupos de hombres “pro-igualdad” en el País Vasco, Jokin Azpiazu reflexiona:

En las dos últimas décadas las teorías feministas han cuestionado el carácter binario del sexo. A pesar de las diferentes opiniones en el seno de los movimientos, diría que los debates han sido ricos y productivos. Sin embargo, nosotros todavía ni nos hemos planteado en la mayoría de los casos qué hacer con la masculinidad: ¿reformularla? ¿transformarla? ¿abolirla? (2015, s/p.).

Tras este bloque de libre fluir de la conciencia teórica y de reconstrucción de experiencias, las preguntas que me surgen son; ¿es la masculinidad una máscara, una enfermedad o un performance consciente? Aunque se trate de un complejo de ideales estrategias y alianzas, ¿acaso sabemos que podemos entrar y salir (si queremos)? ¿Cómo estudiar y abordar la masculinidad asegurándonos que partimos de las violencias y el poder? ¿Cómo estudiarla sin temor a que, incluso, si es necesario, un día desaparezca de la faz de la tierra?

COSAS DEL SENTIR. INCOMODIDAD, MIEDO Y OTRAS EMOCIONES EN ESTUDIANTES VARONES

I.

Acaso este bloque sea injusto con el llamado giro afectivo que desde hace algunos años se viene planteando en las ciencias sociales y en las humanidades. Injusto por querer dar cuenta de su amplitud y variantes en unas pocas líneas. Por no ser un repaso del todo cuidadoso con los debates que retoman la idea esencial del filósofo Baruch Spinoza: es decir, que hablar de emociones implica pensar en las capacidades, sobre todo corporales, para afectar y ser afectadas/os/es. Con esto, conlleva los fenómenos mediante los que algunos cuerpos pierden o ganan capacidad para actuar-se, comprometer-se, conectar-se e, incluso, auto-afectar-se. Para Patricia Ticineto y Jean Halley (2007), en el seno de estas relaciones está la vitalidad; el poder sentirse viva/o/e (2).

Retomando el flujo de conciencia libre teórica, recurro a una parte del trabajo de Sara Ahmed (2015) para explicar cómo es que hemos comenzado, junto con Enrique Bautista,²¹ a pensar en un “espectro emotivo” que parece replicarse en distintos ámbitos, pero en nuestro caso, en el de la experiencia de jóvenes varones en la FFyL de la UNAM. Ahmed, así, para dimensionar la operatividad de una política cultural de las emociones, plantea la posibilidad de “economías afectivas”, pues estas —las emociones— no están en la subjetividad —en el interior; en algo que llamaríamos alma o mente—. Tampoco radican en los objetos —aunque en la rotación de la economía de los afectos las cosas (las palabras; las otredades convertidas

²¹ Maestrando en el Posgrado en Pedagogía de la UNAM con una tesis sobre jóvenes diversos (gay) y sus estrategias de agencia y resistencia en espacios de educación media superior. Enrique ha sido becario del proyecto PAPIIT y un apoyo imprescindible en el diseño de instrumentos de metodología empírica. Para mí, que vengo de las humanidades críticas —en donde el método está en la teoría—, este mundo es nuevo y siempre estimulante.

en objetos) se impregnen y a veces *casi parezcan* la emoción—. Las emociones, en todo caso, radican en la circulación de su propia naturaleza afectiva/efectiva.

Adentrándome un poco más en el impacto que ha significado su teoría, lo que me viene una y otra vez a la cabeza en casi todo lo que estoy escribiendo, observando e intentando analizar es la posibilidad discursiva de la propuesta de la circularidad: las emociones trabajan como figuras pegajosas, expresa Ahmed. Se adhieren a cuerpos, géneros, sexos, palabras, muros y extremidades para encubrir, vendar, confundir y engañar. Sin embargo, esta economía no es vertical u horizontal. Como dice Ahmed: gira. Por ello, entiendo, captar el pulso de la circulación implica provocar nuevos “mapas emocionales”, como los llamo: despegar y acaso adherir figuras significantes nuevas y disidentes. Sin duda el mejor ejemplo que hemos vivido como comunidad universitaria es el de los afectos de las colectivas de estudiantes organizadas —en la FFyL y otros espacios— y cuyos efectos aún estamos en proceso de comprender. Entre otras (grandes) cosas, las violencias sexuales y el sexismo cotidiano fueron revelados y revertidos. Si antes les hablaban a ellas con silencio y cinismo, ahora le hablan a los hombres, al profesorado, a la educación y la institución. ¿Qué es lo que se despega? ¿Qué es lo que se adhiere? ¿Y cómo en este proceso la universidad se reorienta hacia una ruta inesperada?

Las emociones se deslizan y no están exactamente en la conciencia ni en la razón, aunque terminen por nublarlas. No son exactamente corpóreas, aunque nos ericen la piel o nos hagan movernos con furia o precaución. No son el objeto, la palabra, la idea de mundo o la persona que defendemos o repudiamos. Pero están ahí, sin duda. Entre otras preguntas a las emociones que parecen condicionar y orquestar la vida postneoliberal y al borde del colapso²²: el dolor, el miedo, la repugnancia, la vergüenza y lo que hacemos “en nombre del amor”, Ahmed pregunta: “¿Cómo funciona el odio para alinear algunos sujetos con algunos otros y en contra de otros otros?” (77-78).

²² Por vida postneoliberal se entiende la condición existencial y cultural que emerge tras el agotamiento de las promesas del neoliberalismo; es decir, cuando sus narrativas de progreso, libertad individual y consumo ilimitado se muestran insostenibles. Con clara inspiración en Mark Fisher y su noción de *realismo capitalista* (2006), este término nombra la experiencia de habitar un tiempo donde “no es posible imaginar un afuera” al capitalismo, pero en el que, al mismo tiempo, se intensifica la percepción de crisis múltiples —climática, afectiva, política, tecnológica— que imprimen un carácter apocalíptico al presente. La vida postneoliberal, entonces, no es el fin del neoliberalismo sino su persistencia en estado zombi (2006), ahí en donde las subjetividades se configuran en la tensión entre el colapso inminente y la imposibilidad de alternativas, en un paisaje atravesado por ansiedad, precariedad y descomposición de horizontes colectivos.

Algunas estudiosas feministas han abordado el movimiento de las estudiantes a partir de una circulación emotiva que va de la rabia, el hartazgo, el cansancio, la indignación y el repudio hacia la encarnación, la esperanza, la acción y el ser y sentirse feministas y acuerpadas (Chaparro, Mingo, Moreno, Cerva, entre otras ya referidas). Algunos trabajos de los estudios de los hombres y de la masculinidad, por su parte, cada vez se centran más en “un malestar”. Este es percibido como la emoción común en un gran número de hombres, sobre todo en espacios en los que han sido—y son— constantemente señalados, como las universidades y sus muros. Se trata de algo así como una incomodidad constante y creciente que les afecta en lo individual y en lo colectivo (Azpiazu, 2015; Fabbri, 2021; Sanfélix y Téllez, 2021).

II.

Nota personal (y algo de trabajo de campo). Al releer el párrafo anterior pienso en si estoy — estamos— ante un inédito y provocador nuevo desbalance en el tiempo del género, el cual se suma al histórico de la diferencia sexual. Me pregunto si mientras ellas están *acuerpadas*, ellos —nosotros— están —estamos— *des/a/cuerpados*. También me pregunto por todo lo que este binarismo deja fuera. Me explico. Entre 2022 y 2023 hemos realizado —Enrique y yo— diferentes técnicas de trabajo de campo. Acaso la más ambiciosa fue la que llevamos a cabo con los estudiantes varones de la asignatura GVEC.²³ En esta experiencia acuñamos el término “estudiantes varones «obligados» a formarse con perspectiva de género”. En un orden de género *des-pegado* por las colectivas de estudiantes, y cuyos sentidos reorientados están —literalmente— en muros, esquinas y columnas, el efecto material —la asignatura— se revela como una experiencia a la vez histórica e inédita. En otras palabras, por primera vez como docente de género tuve la oportunidad de interactuar con aquellos que no suelen inscribirse en este tipo de cursos: los hombres cisgénero y heterosexuales de la FFyL.

En un círculo de reflexión con los varones del aula —veintitantos—, y en la aplicación de un posterior cuestionario, se compartieron —y compartimos— nociones y experiencias sobre violencia de género, sexismo cotidiano y el posible señalamiento del que los hombres y la masculinidad están —estamos— siendo, presumiblemente, presas. En un segundo momento preguntamos acerca de las emociones que les produce ser estudiantes “obligados” de la

²³ En los semestres 2022-I y 2022-II tuve la oportunidad de impartir la asignatura. En el primer caso, compartiéndola con Helena López, del CIEG de la UNAM. Amiga feminista experta en afectos y literatura. El siguiente semestre con apoyo de la profesora Montserrat Álvarez, graduada en Pedagogía y exalumna en el TFAC. Ahí todo fue nuevo, único y memorable. No existía un espacio así en la vida universitaria de las licenciaturas de la FFyL.

asignatura, así como hombres estudiantes —y por tanto portadores principales de la masculinidad— en la universidad del siglo XXI. No es este el lugar para dar cuenta de un análisis preciso de los resultados. Sin embargo, para cerrar con este apartado, lo que quiero retomar es el espectro emotivo en el que parecen moverse, el cual parte del miedo. Las emociones fueron entendidas por ellos, lo vimos después, como reacciones defensivas. Esa incomodidad sin nombre en ellos se significa bajo la posibilidad de *algo* —un movimiento, un quiebre, un giro— que siempre puede “arruinar sus vidas” (TC)²⁴. El miedo fue un punto en común para pensarse entre la rabia, la incomodidad, el desconcierto y la indiferencia, e incluso hasta rayar cierto cinismo: “Puedo notar una especie de acusaciones un tanto más sistematizadas” (TC), mencionó un alumno. “Todo lo ven mal... hay cosas que no tienen sentido y carecen de argumentos, siempre llamando y generalizando que el hombre es malo” (TC), aseguró otro, “Son cosas que no podré resolver haga lo que haga”; “Me siento señalado y por ende culpable de algo que no he hecho” (TC), apuntó uno más.

En los mejores casos —pues los hay, por supuesto— el miedo deriva al circuito emocional²⁵ hacia el asombro: “Me llam[ó] la atención lo que se dice sobre la masculinidad y la violencia porque [son] cosas o actitudes que tenía normalizadas” (TC). Asimismo —y lo digo con la emoción que llamamos comúnmente esperanza—, el remolino —y el aprendizaje del género y su perspectiva crítica— a algunos los ha llevado a cierto principio de conciencia, de reflexión y transformación profundas: “Esos señalamientos me han hecho darme cuenta que sí, por más mínimo que sea, sigo teniendo muchos beneficios y ventajas solo por haber nacido con un pene” (TC). También a una pregunta sobre el sí del conocimiento del género y el sexo y sus problemas: “Se vuelve una agresión precisamente no saber” (TC). Incluso —parece ser— un pensarse a sí mismo/s como cuerpos sexuados y con participación directa, activa, en la dominación y el desbalance de poder. En este extremo el miedo y la incomodidad provocan otra suerte de disgusto: el que surge por haber recibido una “educación machista”; una “incomodidad por haber sido criado/s dentro del sistema heteropatriarcal”. Este compañero agrega: “He actuado en la sociedad ejerciendo violencia y disfrutando privilegios sin que en verdad me hubiera preguntado por ellos” (TC).

III.

²⁴ Refiero como “(TC)” a los pasajes obtenidos, de forma textual, en los cuestionarios aplicados a los estudiantes de GVEC.

²⁵ Que es casi el mismo que el de la “violencia masculina sexista y sexual” del que hablo en la primera parte, sin duda; o por lo menos una de sus caras.

Algunas citas y preguntas.

En el capítulo “Vínculos feministas” Ahmed (2018) menciona:

No es posible considerar la relación entre el feminismo y la indignación sin reflexionar sobre la política del dolor [...] La historia del pensamiento sobre la relación entre el feminismo y el dolor es larga; las experiencias de violencia, daño y discriminación de las mujeres [...] Los testimonios de las mujeres acerca del dolor [...] son cruciales no solo para la formación de los sujetos feministas [...], sino para los colectivos feministas (261).

Mara Viveros Vigoya, en el prólogo a *La masculinidad incomodada* (2021) habla de los riesgos que corren los estudios sobre masculinidades. En el segundo de éstos pienso que le habla no sólo a los académicos, sino de forma extendida a todo hombre que comience a pensarse en el cambio:

El segundo riesgo que enfrentan los escritos de hombres profeministas está relacionado con el modo de considerar los dolores y los costos que tiene para los hombres cumplir o no cumplir las expectativas sociales y culturales en relación con la masculinidad, observancia de acuerdo a la cual se mide su valor social. La retórica de los costos y dolores masculinos es un campo minado. Muchos de los trabajos que describen la opresión de los hombres [...] lo hacen desde una perspectiva únicamente subjetiva [...] no se puede hacer análisis de ese malestar, a partir del solo discurso de los actores sociales, sin tener en cuenta las relaciones de género y las relaciones intragénero (19).

Araceli Mingo (2020) recupera la voz de algunas de las estudiantes que se pensaron y sintieron feministas al crearse la Asamblea Feminista (AF) en la FFyL. Una de ellas resume la experiencia en una frase que está repleta de *calcomanías de emoción*; para ella, todo sucedía en un “hervidero fascinante de rebeldías” (16).

Tras releer este apartado y pasar lo que escribo por el filtro de las citas textuales, pienso en si el malestar de los estudiantes es algo en donde debemos detenernos más; poner el dedo en

la llaga. Me pregunto, con esto, si este es un buen momento para hacer circular *en coalición* la rabia y el hartazgo de ellas; el miedo, odio e incomodidad de ellos. Otra cosa que llevo preguntándome desde hace un par de años es ¿por qué en una universidad como la UNAM no hay ningún grupo de activismo de hombres proigualdad o profeministas? Esto siempre lo pregunto a los alumnos en las clases y en los círculos de reflexión. Un día uno se me acercó y me dijo: “Profe, yo voy a fundar el primer grupo de hombres antipatriarcales en la FFyL”. Eso fue en mayo de 2022.

CIERRE: COSAS DEL IMAGINAR Y MUROS QUE HABLAN: ¿ESTUDIANTES HOMBRES VOLUNTARIOSOS?

Esta misma semana, la primera de septiembre del 2023, con Enrique Bautista realizamos una nueva fase de trabajo de campo con alumnos varones de la FFyL. En esta ocasión buscamos a graduados en la asignatura obligatoria con perspectiva de género con una percepción positiva de la experiencia. Asimismo, a quienes por cuenta propia se han acercado a los espacios que la Facultad y la UNAM ofrecen para aprender y discutir sobre los temas y problemas de los feminismos, la/s masculinidad/es y las expresiones y teorías queer. Es decir, en otras palabras, buscamos a alumnos varones que se están pensando a sí mismos dentro de una reorientación subjetiva, corporal, genérica y sexual. Hombres que, en más de un modo, se preguntan si caben o no en los feminismos, y si su masculinidad es un problema. En términos coloquiales, “hombres deconstruidos” —o “en proceso de”—.²⁶

A lo largo del círculo de reflexión, en el que a manera de “conversación guiada” se hicieron preguntas acerca de lo que significa —para ellos— la masculinidad o la experiencia emocional que representa ser un estudiante de la Facultad y de la UNAM en el siglo XXI, hubo un momento en el que les preguntamos: “¿Qué sentimientos te producen mensajes como “¡Muerte al macho!” y “La heterosexualidad mata”? Ambos han podido leerse —y se leen— en muros de la FFyL.

²⁶ El término “hombre deconstruido” —o “deconstruido”— se ha hecho muy popular en los circuitos digitales. En un extremo apunta a varones que se están pensando en el tránsito hacia unas masculinidades positivas o sanas. En otro, muchas jóvenes feministas lo han visto como una falsedad; como una estrategia para parecer “aliados/es” y poder mantener dividendos y poderes. En todo caso, si el término “deconstruido” hace referencia a la deconstrucción derridiana, la cuestión de un “hombre deconstruido” sería imposible. Este o estos tendrían que pensarse —empujarse— más allá del binario de la diferencia sexual con todas las implicaciones que esto conllevaría; p. ej., situarse fuera —o en el revés— de la masculinidad. Esto no se ha hecho.

El primero tiene una larga historia. Proviene de las manifestaciones del 8 de marzo en distintos lugares del mundo. En el caso específico del movimiento de las Mujeres Organizadas de la FFyL (MOFYL), con letras muy grandes estuvo varios meses en un lugar estratégico de la universidad: mirando a las Islas²⁷ y al edificio de Rectoría. Las emociones reactivas que pudieron escucharse en voz de algunas personas del profesorado y en alumnos incluían ciertos lugares comunes frente a las expresiones feministas: “¡No es justo, no todos somos violadores!”; “¡Cuánta violencia en voz de las mujeres!”. En *Vivir una vida feminista* Ahmed (2018) desarrolla la existencia de “Chicas voluntariosas” y “Feministas voluntariosas”. Para ella, una historia feminista es siempre afectiva, pues “recogemos los sentimientos que en teoría no debemos sentir porque truncan la expectativa de quiénes somos y qué debería ser la vida. No es extraño que el feminismo cobre una carga tan negativa: es contrario a la felicidad, contrario a la vida”. Con esto, “hacerse feminista es aguar la fiesta a otras personas, truncan su alegría y sus esfuerzos”, remata (97).

Leer “¡Muerte al macho!” en los muros más vistosos de la FFyL en muchos casos se quedó en una lectura literal. La más simple y afectiva en términos de confrontación. Si algo podemos aprender del pensamiento crítico de los feminismos es que en este mundo nada es literal ni tiene una sola vía semiótica. Si así fuera, las mujeres serían siempre víctimas y los hombres siempre perpetradores. Ellas siempre estarían más dispuestas a criar, educar y cuidar de las personas mayores y ellos seguirían siendo los sujetos más adecuados para enunciar leyes, construir grandes edificios y dictar las normas de la sexualidad o los deportes. Esto no es así, cada vez menos, y esto es lo que en muchos grados resulta amenazante para el proyecto de vida y la felicidad —de muchos y muchas—. “¡Muerte al macho!” como enunciación de una economía afectiva de mujeres voluntariosas debe significar algo más que aniquilar a los hombres o castigar con la guillotina a los machistas y misóginos. Sin duda, como frase a la que se le *despegan* figuras emocionales tradicionales y que reorienta a la vida misma en la universidad, su mensaje no es otro que acabar con las estructuras vigentes de violencia sexista y sexual en la institución. En todas y cada una de las esquinas —simbólicas y físicas— de la universidad. También debe ser una invitación al diálogo fuera de los márgenes del circuito de la masculinidad como violencia que va de lo micro a lo macro. Sin embargo, la mayoría de las veces se opta por leer con los lugares comunes pegados sobre los mensajes. En este caso, gran parte de la percepción comunitaria es que el feminismo debería ser menos violento y más empático. Cuesta pensar la empatía dentro de esa cadena de emociones de la que ya

²⁷ Zona común de jardines y áreas de esparcimiento entre facultades y Rectoría de CU en la UNAM.

hablé y que las investigadoras se han encargado de explorar: rabia, hartazgo, indefensión... También hay que pensar a qué le llamamos “felicidad”, de paso.

Ahora, ¿qué siente un hombre estudiante que se está pensando en la igualdad, en la *deconstrucción de sí mismo* y, por tanto, en las voces y expresiones de los feminismos? La respuesta no puede ser más emocional. Lo primero que dijo el estudiante participante graduado de la asignatura obligatoria fue: “¡Se me pone la piel chinita!”. Parece que no hay que explicar de nuevo cómo es que las emociones circulan entre los textos, objetos y cuerpos. Y cómo es que su función es afectar —y reorientar—. Cuando le pregunté por qué se le erizaba la piel dijo palabras pegadas a emociones: “por rabia; por enojo; por ver que *esto* aún sigue aquí” (TC; cursivas nuestras). “Esto”, pienso, es el circuito de la violencia masculina, no de la feminista. Esta última no comparte ni las formas, ideales, estrategias ni alianzas de la primera. Algo en lo que los estudiantes coincidieron en el último círculo de reflexión fue cuando se les preguntó sobre un aspecto positivo que les ha dejado el reciente movimiento feminista en la UNAM. En ambos casos la respuesta fue “pensar”. Pensar, pensar-se, no puede ser malo. Sentir que la piel se te eriza, mucho menos. Sobre si la “heterosexualidad mata” o no, habrá que activar lecturas emotivas inteligentes y reveladoras para poder situarse/nos en una coordenada de lectura crítica y no en la pura reacción defensiva. La heterosexualidad sí mata, esto no es muy difícil de comprobar.

Quiero cerrar con Ahmed (2018) para no perder el ritmo de su lectura, el cual reverbera constantemente con mi cuerpo; lo incomoda y fuerza en ocasiones —pues desde el reconocimiento hay que superar la impotencia para llegar al cambio—; pero también le inyecta fuerza y vitalidad. Con esto, cuando Ahmed insiste en que las palabras que nos rodean están cargadas de significado e intensidad, lo hace para pensar en esa “voluntariedad”. Se trata, dice, de una palabra “puntiaguda o afilada”: “A las feministas nos llaman voluntariosas con mucha frecuencia; nos consideran voluntariosas, creen que padecemos un exceso de voluntad” (97). En otras palabras, para la autora, en esa línea “literal” —y que lo único que hace es que lleguemos siempre al mismo sitio— el que a las mujeres que se saben y sienten feministas las llamen “obstinadas”, “impositivas”, “incapaces de atender a razones” e, incluso, “perversas” es algo más que un juicio. Es, además, un proyecto (97), concluye Ahmed.

A los estudiantes varones cisgénero —y principalmente heterosexuales— creo que debemos insistir en preguntarles qué tanto quieren o no formar parte de *ese proyecto*. Esta pregunta no va dirigida ni a “salvar a las mujeres” ni a “echarles una mano” o “respetarlas” (TC), como he leído en las experiencias de algunos estudiantes entrevistados en otras fases del trabajo de campo. Esta pregunta debe orientarse hacia esos momentos en los que reconocen que sienten miedo al preguntar, y ser “mal entendidos” —mal interpretados— al relacionarse —con ellas—, como expresó uno de los estudiantes entrevistado esta semana: “Procuro no hablar, a menos de que me lo pidan, nunca se sabe si lo que puedo decir se malinterprete” (TC).

Quiero imaginar que la voluntad —la voluntariedad— también puede germinar en los estudiantes hombres no como un intento por convencer al mundo de que el “problema de género” no es verdad un problema; que la violencia no es (ante todo) masculina; que la sexualidad masculina no es (casi siempre) dominante, invasiva y poco clara en el consenso; que para acceder al cuerpo de una mujer se necesita prometer, engañar y después desechar.

Más bien quiero pensar en estudiantes desobedientes; disidentes del orden del sexo/género y de la propia masculinidad. Después de todo, como asegura Berlant, el trabajo con las emociones debe llevarnos a entender por qué nos empeñamos en defender vidas que no nos hacen felices —Insisto: ¿a qué llamamos “felicidad”?—. Escucho las noticias mientras corrijo este texto. Felicidad tenemos poca. Como formas de vida andamos escasas de felicidad. Lluvias torrenciales que arrasan pueblos, hombres y mujeres que desaparecen en Jalisco, balaceras en el AICM, olas de calor y escases de agua, Putin quiere conseguir más armas y espera que Corea del Norte se las proporcione...²⁸ ¿Se relaciona todo esto con la masculinidad? ¿Alguien en su “sano juicio” podría aseverar que lo que une a todo esto es un halo de “energía femenina”? ¿De” voluntariedad feminista”? Aún recuerdo la cara, voz, gestos y postura de Putin al anunciar la “guerra” contra Ucrania. Ahora mismo en la televisión aparecen hombres que dicen que la violencia de género no existe. Ribuales²⁹ dimite, después de tres semanas de presión, de todos sus cargos en el fútbol español. No reconoce que el beso forzado en la boca a Yenni Hermoso fuera acoso o abuso. Dimite como víctima, dice: él ha sido presa de una cacería y persecución sin precedentes. Me pregunto, entonces:

²⁸ En aquel momento no sabíamos que presenciaríamos en tiempo real un genocidio como el de la población Palestina.

²⁹ Luis Ribuales es un exfutbolista, abogado y exdirigente deportivo español, presidente de la Real Federación Española de Fútbol entre 2018 y 2023 y vicepresidente de la UEFA entre 2019 y 2023. Yenni Hermoso, futbolista de la selección femenil española, lo denunció por un “beso robado” en la boca dentro de un contexto en el que se vivían como naturales constantes roces y tocamientos sexistas.

Rubiales, para los alumnos de las diferentes y variadas carreras de la UNAM, ¿será un ideal de masculinidad? ¿De éxito y felicidad masculina, la cual se ve interrumpida por fuerzas feministas? ¿O qué es lo que es? Me gustaría poder preguntarles a todos.

REFERENCIAS

- Adichie, C.N. (2015) *Todos deberíamos ser feministas*, Barcelona, Random House.
- Ahmed, S. (2015) *La política cultural de las emociones*, México, CIEG-UNAM.
- Ahmed, S. (2018) *Vivir una vida feminista*, Barcelona, Ediciones Bellaterra.
- Álvarez, L. (2020) “El movimiento feminista en México en el siglo XXI: juventud, radicalidad y violencia” en *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, n° 240, pp. 147–175. <https://doi.org/10.22201/fcpys.2448492xe.2020.240.76388>
- Azpiazu, J. (2015) “Hombres y feminismo: del privilegio del confort a la incomodidad de la implicación política en cuestiones feministas” en *Archive.org*, s/p.
- Barreto, M. (2017) “Redes sociales digitales y escalas de justicia de género en universidades” en *Espacialidades. Revista de temas contemporáneos sobre lugares, política y cultura*, n° 1, pp. 172–202.
- Berlant, L. (2020) *El optimismo cruel*, Buenos Aires, Caja Negra.
- Bonino, L. (2014) “Los micromachismos” en *Revista Las Cibeles*, n° 2, pp. 1–5.
- Bridges, T. y Pascoe, C.J. (2014) “Hybrid masculinities: new directions in the sociology of men and masculinities” en *Sociology Compass*, n° 3, pp. 246–258.
- Cerva, D. (2020) “Activismo feminista en las universidades mexicanas: la impronta política de las colectivas de estudiantes ante la violencia contra las mujeres” en *Revista de la Educación Superior*, n° 194, pp. 135–155.
- Chaparro, A. (2022) *Comentarios a este trabajo*, documento de Word, s/p.
- Chaparro, A. (2022) “Las olas feministas, ¿una metáfora innecesaria?” en *KORPUS 21*, n° 4, pp. 77–92. <http://dx.doi.org/10.22136/korpus21202284>
- Connell, R. (2007) *Masculinidades*, México, UNAM / PUEG.

Connell, R. (2009) “La organización social de la masculinidad” en *Biblioteca Virtual de Ciencias Sociales*, n° 1, pp. 1–25, disponible en: http://www.pasa.cl/wp-content/uploads/2011/08/La_Organizacion_Social_de_la_Masculinidad_Connel_Robert.pdf.

Connell, R. y Messerschmidt, J. (2005) “Hegemonic masculinity: rethinking the concept” en *Gender and Society*, n° 6, pp. 829–859.

De Lauretis, T. (1989) “La tecnología del género” en *Technologies of Gender. Essays on Theory, Film and Fiction*, London, Macmillan Press, pp. 1–30, disponible en: http://blogs.fad.unam.mx/asignatura/adriana_raggi/wp-content/uploads/2013/12/tecnologias-del-genero-teresa-de-lauretis.pdf.

DeKeseredy, W. (1990) “Male peer support and woman abuse: the current state of knowledge” en *Sociological Focus*, n° 23, pp. 29–139.

Di Napoli, P. (2021) “Jóvenes, activismos feministas y violencia de género en la UNAM: genealogía de un conflicto” en *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud*, n° 2, pp. 1–27, disponible en: <https://dx.doi.org/10.11600/rlcsnj.19.2.4567>.

Fabbri, L. (ed.) (2021) *La masculinidad incomodada*, Buenos Aires, Homo Sapiens.

Ferrero, C. (2017) “Vocabulario feminista que ya todos deberíamos dominar en 2017”, disponible en: <https://smoda.elpais.com/feminismo/vocabulario-feminista-que-ya-todos-deberiamos-dominar-en-2017>.

Fisher, M. (2006) *Realismo capitalista. ¿No hay alternativa?*, Buenos Aires, Caja Negra.

Ging, D. (2019) “Alphas, betas, and incels: theorizing the masculinities of the manosphere” en *Men and Masculinities*, n° 4, pp. 638–657. <https://doi.org/10.1177/1097184X17706401>

Kimmel, M. (2019) *Hombres (blancos) cabreados. La masculinidad al final de una era*, Valencia, Barlin Libros.

Lerner, G. (1990) *La creación del patriarcado*, Madrid, Crítica.

Macon, C. (2020) “El optimismo cruel” en *Eterna Cadencia*, s/p, disponible en: <https://eternacadencia.com.ar/nota/el-optimismo-cruel/3239>

Masculinismo México (s.f.) *Masculinismo México*, grupo de Facebook, disponible en: <https://m.facebook.com/MasculinismoMexicoOficial>

Millet, K. (1970) *Sexual Politics*, London, Abacus.

Mingo, A. (2020) “El tránsito de estudiantes universitarias hacia el feminismo” en *Perfiles Educativos*, n° 167, pp. 10–30. <https://doi.org/10.22201/iisue.24486167e.2019.167.59063>

Mingo, A. y Moreno, H. (2017) “Sexismo en la universidad” en *Estudios Sociológicos*, n° 105, pp. 571–595.

Moreno, H. y Mingo, A. (2019) “Temor, desprecio y deseo como figuras del sexismo en la universidad” en *Nómadas*, n° 51, pp. 13–29. <https://doi.org/10.30578/nomadas.n51a1>

Papacharissi, Z. (2014) *Affective publics: sentiment, technology, and politics*, Oxford, Oxford University Press.

Ranea, B. (2021) *Desarmar la masculinidad*, Madrid, Los Libros de la Catarata.

Rich, A. (1996) “Heterosexualidad obligatoria y existencia lesbiana” en *Duoda: Estudis de la Diferència Sexual*, n° 10, pp. 15–48.

Sanfélix, J. y Téllez, A. (2021) “Masculinidad y privilegios: el reconocimiento como potencial articulador del cambio” en *Masculinities & Social Science*, n° 1, pp. 1–24.

Segato, R. (2018) *Contra-pedagogías de la crueldad*, Buenos Aires, Prometeo.

Ticinetto, P. y Halley, J. (eds.) (2007) *The affective turn: theorizing the social*, Durham, Duke University Press.

Varela, N. (2020) “El tsunami feminista” en *Nueva Sociedad*, n° 286, pp. 93–106.

Viveros Vigoya, M. (2021) “Prefacio” en Fabbri, L. (ed.) *La masculinidad incomodada*, Buenos Aires, Homo Sapiens, pp. 17–24.

Warner, M. (1991) *Fear a Queer Planet: Queer Politics and Social Theory*, Minneapolis, University of Minnesota Press.

Zalbagoitia, M. y Bautista, E. (2024) “Microfísica sexista y masculinidad. Subjetividad, poder y percepción de violencia en varones estudiantes de la FFyL de la UNAM (semestre 2022-II,

2024)” en Hernández, R., de Keijzer, B. y Belmont, A. (coords.) *Masculinidades universitarias en tiempos de interpelación feminista*, México, UNAM, pp. 32–62.

Recepción: 22-9-2025

Aceptación: 20-12-2025